

PQ 2165

C5

SG



ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

ACERVA DE LA BIBLIOTECA

00002

Á DON MIGUEL ANGELO CAJETANI

PRÍNCIPE DE TÉANO

No es al príncipe romano, ni al heredero de la ilustre casa de Cajetani, que proveyó de algunos papas á la cristiandad, sino al sabio comentarista del Dante, al que dedico este pequeño fragmento de una grande historia.

Usted me ha hecho notar la maravillosa armazón de ideas que sirvió de base al mejor poeta italiano para construir su poema, único de los modernos que puede parangonarse con el de Homero. Hasta que le oí á usted, la *Divina Comedia* me parecía un inmenso enigma cuya solución no había sido hallada por nadie, y menos aun por los comentaristas. Comprender de ese modo el Dante, es ser grande como él; bien es verdad que á usted le son familiares todas las grandezas.

Un sabio francés se crearía una reputación y ganaría una cátedra y muchas cruces publicando en una obra dogmática la improvisación con que usted llenó de encanto una de esas veladas en que uno se felicita de haber visto Roma. Usted tal vez no sepa que la mayor parte de nuestros profesores viven en Alemania, en Inglaterra, en Oriente ó en el Norte, como insectos en un árbol, y al igual que el insecto, pasan á formar parte integrante de aquél, tomando su valor prestado de él. Ahora bien, Italia no ha sido aun explotada francamente. Nunca me tendrán en cuenta mi discreción literaria. Plagiándole á usted, yo habría podido llegar á ser un hombre docto de la fuerza de tres Schlegel, mientras que voy á seguir siendo sencillo doctor en medicina social, veterinario de los males incurables, aunque sólo sea para ofrecer un testimonio de agradecimiento á mi *cicerone* y unir el ilustre nombre de usted al nombre de los Porcia, de los San Severino, de los Pareto, de los de Negro, de los Belgiojoso, que representarán en la *Comedia Humana* aquella alianza íntima y continua de Italia y de Francia, que ya el obispo Bandello, autor de cuentos muy picarescos, consagraba de la misma manera en el siglo XVI, en aquella magnífica serie de novelas, de donde han salido varias piezas de Shakespeare y á veces hasta papeles enteros.

Los dos bosquejos que le dedico constituyen las dos eternas fases de un mismo hecho. *Homo duplex*, ha dicho nuestro gran Buffon. ¿Por qué no añadir *Res duplex*? Todo es doble, hasta la virtud. Por eso Molière pre-

senta siempre los dos aspectos de todo problema humano, é imitándole Diderot escribió un día el *Esto no es un cuento*, que es sin duda su mejor obra, en la que ofrece la sublime figura de la señorita Lachaux, inmolada por Gardanne, enfrente de la de un perfecto amante muerto por su amada. Mis dos novelas forman, pues, pareja, como dos gemelos de diferente sexo. Son un compuesto literario ante el que puede uno á veces permitirse sucumbir, sobre todo en una obra en que se intenta representar todas las formas que sirven de ropaje al pensamiento. La mayor parte de estas disputas humanas provienen de que existen á la vez sabios é ignorantes dotados de la facultad de no ver más que por un solo lado los hechos y las ideas, pretendiendo cada uno que la fase que ha visto es la única buena y la única verdadera. Por eso el Libro santo encierra estas proféticas palabras: «Dios entregó el mundo á las discusiones». Confieso que este solo pasaje de la Escritura debería mover á la santa sede á crear el gobierno de las dos Cámaras á fin de obedecer á esta sentencia, comentada en 1814 en la ordenanza de Luis XVIII.

Que su talento y que la poesía que usted posee protejan los dos episodios de *Los Parientes pobres*.

De usted afmo. servidor,

DE BALZAC.

Agosto-septiembre de 1846.

LOS PARIENTES POBRES

LA PRIMA BEL

CAPÍTULO PRIMERO

¿A dónde va á anidarse la pasión?

A mediados del mes de julio del año 1838, uno de esos coches puestos recientemente en circulación en las plazas de París, llamados milores, caminaba por la calle de la Universidad conduciendo á un hombre gordo de mediana estatura, que vestía el uniforme de capitán de la guardia nacional.

Entre el número de esos parisienses acusados de ser tan ocurrentes, los hay que se creen infinitamente mejor yendo de uniforme que con sus trajes ordinarios y que suponen en las mujeres gustos bastante depravados para imaginarse que serán agradablemente impresionadas ante un tricornio de pelo y ante el arnés militar.

La fisonomía de aquel capitán, que pertenecía á la segunda legión, respiraba un contento de sí mismo que hacía resplandecer su tez rojiza y su cara un tanto mosfetuda. Por esa aureola que la riqueza adquirida en el comercio imprime á los antiguos tenderos retirados, se adivinaba en el capitán á uno de los elegidos de París, ex teniente alcalde por lo menos de su distrito. Después de sabido esto, no os costará trabajo creer que la cinta de la Legión de honor no dejaba de adornar su pecho, ostensiblemente

bombeado á la manera prusiana. Finchadamente arrellanado en el rincón del coche, aquel hombre condecorado dejaba errar su mirada de uno á otro transeunte de esos que frecuentemente en París recogen así agradables sonrisas dirigidas á hermosos ojos ausentes.

El coche se detuvo en la parte de calle comprendida entre la de Bellechasse y la de Borgoña, á la puerta de una gran casa recientemente construída en una parte del patio de un antiguo palacio con jardín.

Había sido respetado el palacio, que conservaba su forma primitiva en el fondo del patio, el cual había quedado reducido á la mitad.

Únicamente por la manera como el capitán aceptó los servicios del cochero para bajar del coche, se hubiese reconocido al quincuagenario. Hay gestos cuya franca torpeza puse toda la indiscreción de una partida de bautismo. El capitán se puso el guante amarillo en la mano derecha, y, sin preguntar nada al portero, se encaminó hacia la escalinata del palacio con un aire que quería decir: «Esta mujer es mía». Los porteros de París tienen un gran golpe de vista, no detienen nunca á los condecorados vestidos de azul y de grave paso; en una palabra, que conocen á los ricos.

Aquel piso bajo estaba ocupado todo él por el señor barón de Hulot de Ervy, comisario ordenador en tiempos de la República, antiguo intendente general del ejército, y, á la sazón, director de una de las dependencias más importantes del ministerio de Guerra, consejero de Estado, gran oficial de la Legión de honor, etc., etc.

Este barón Hulot se había titulado á sí mismo de Ervy, lugar de su nacimiento, para distinguirse de su hermano, el célebre general Hulot, coronel de los granaderos de la guardia imperial, que fué nombrado conde de Forzheim por el emperador después de la campaña de 1809. El hermano mayor, el conde, encargado de cuidar de su hermano menor, llevado de su prudencia paternal lo había colocado en la administración militar, donde el barón obtuvo y mereció el favor de Napoleón gracias á sus dobles servicios. Desde 1807 el barón era intendente general de los ejércitos de España.

Después de haber llamado, el capitán de la guardia nacional hizo grandes esfuerzos para arreglarse la levita, que

se había levantado por delante y por detrás á causa de la acción ejercida sobre ella por un vientre piriforme. Admitido tan pronto como un criado con librea le hubo visto, aquel hombre importante é imponente siguió al fámulo, el cual dijo abriendo la puerta del salón:

—¡El señor Crevel!

Al oír este nombre, admirablemente apropiado al aspecto del que lo llevaba, una mujer alta y rubia, muy bien conservada, pareció recibir una especie de conmoción eléctrica y se levantó.

—Hortensia, hija mía, vete al jardín con tu prima Bel— se apresuró á decirle á su hija, que bordaba á algunos pasos de ella.

Después de haber saludado graciosamente al capitán, la señorita Hortensia Hulot salió por una puerta vidriera, llevándose consigo á una solterona seca que parecía tener más edad que la baronesa, á pesar de que contaba cinco años menos que ella.

—Se trata de tu matrimonio—dijo la prima Bel al oído á su prima Hortensia, sin parecer ofendida de las maneras empleadas por la baronesa para despedirlas, la cual no le guardó ningún género de consideraciones.

En caso de necesidad, el modo de vestir de aquella prima hubiese dado la explicación del modo como era tratada.

Aquella solterona llevaba una bata de merino de color de uva, cuyo corte y adornos databan de la Restauración, un cuello bordado que podía valer tres francos y un sombrero de paja cosida con adornos de satén azul, como el que llevan las revendedoras del mercado. Al ver unos zapatos de piel de cabra cuya hechura anunciaba como autor á un zapatero del último orden, un extraño no se hubiera decidido á saludar á la prima Bel como parienta de la casa, pues parecía más que nada una costurera tomada á jornal. Sin embargo, la solterona no salió sin hacer al señor Crevel un afectuoso saludito, al que aquel personaje respondió con un signo de inteligencia.

—Señorita Fischer, vendrá usted mañana, ¿verdad?

—¿No tiene usted gente?—le preguntó la prima Bel.

—Mis hijos y usted únicamente—replicó el visitante.

—Bueno, entonces cuente usted conmigo—respondió aquélla.

—Señora, heme aquí á sus órdenes—dijo el capitán de la

guardia nacional saludando de nuevo á la baronesa de Hulot.

Y esto diciendo, dirigió á la señora de Hulot una mirada como la que Tartufo dirige á Elmira cuando un actor de provincias cree necesario hacer resaltar las intenciones de este papel en Poitiers ó en Coutances.

—Caballero, si quiere usted seguirme por aquí, estaremos mucho mejor que en este salón, para hablar de negocios—dijo la señora Hulot señalando una pieza vecina que estaba destinada á salón de juego.

Aquella pieza sólo estaba separada por un tabique del gabinete cuya ventana daba al jardín, y la señora Hulot dejó solo á Crevel durante un instante, pues juzgó necesario cerrar la ventana y la puerta del gabinete á fin de que nadie pudiese escuchar. Tomó la misma precaución cerrando también la puerta vidriera del salón, al mismo tiempo que sonreía á su hija y á su prima, las cuales se hallaban en un kiosco viejo situado en el fondo del jardín, y volvió dejando abierta la puerta del salón de juego, á fin de oír abrir la del salón si alguien entraba en él. Yendo y viniendo de este modo, la baronesa, que no era observada por nadie, dejaba ver en su fisonomía todos sus pensamientos, y el que la hubiera visto casi se hubiera asustado de su agitación. Pero al ir de la puerta de entrada del salón al salón de juego, su cara quedó velada por esa impenetrable reserva que hasta las mujeres más francas parecen tener de encargo.

Durante estos preparativos extraños por lo menos, el guardia nacional examinaba el mueblaje del salón en que se hallaba, y al ver las cortinas de seda rojas antes y descoloridas entonces por la acción del sol, una alfombra cuyos colores habían desaparecido y unos muebles desdorados cuya seda plagada de manchas estaba rozada por los extremos, las expresiones del desprecio, del contento y de la esperanza se sucedieron sencillamente en el rostro vulgar del comerciante advenedizo, el cual se miraba en el espejo por encima del reloj de sobremesa pasándose revista, cuando el ruido de una falda de seda le anunció á la baronesa, obligándole á ponerse inmediatamente en su primitiva posición.

Después de haberse sentado en un pequeño canapé, que ciertamente habría sido muy hermoso allá por el año 1809, la baronesa hizo seña á Crevel de que se sentase, indicándole un sofá cuyos brazos estaban terminados por cabezas

de esfinge bronceadas cuya pintura se había caído dejando ver á intervalos la madera.

—Señora, las precauciones que usted toma serían de encantador augurio para un...

—Para un amante—replicó la baronesa interrumpiendo al guardia nacional.

—La palabra es débil. ¡Amante! ¡amante! diga usted más bien hechizado—dijo el guardia nacional colocándose la mano derecha sobre el corazón y poniendo los ojos en blanco de ese modo que causa casi siempre risa á una mujer; cuando contempla fríamente á un hombre en esta actitud.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPÍTULO II

Atroces confidencias

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEX

—Escuche usted, señor Crevel—repuso la baronesa, demasiado seria para poder reír.—Ya sé que tiene usted cincuenta años, ó sea diez menos que el señor Hulot; pero á mi edad las locuras de una mujer deben ser justificadas por la belleza, por la juventud, por la celebridad, por el mérito, por alguno de los esplendores que nos deslumbran hasta el punto de hacérselo olvidar todo, hasta la edad. Si tiene usted cincuenta mil francos de renta, en cambio sus años sirven de contrapeso á su fortuna, resultando que no tiene usted nada de lo que una mujer puede exigir.

—¿Y el amor?—dijo el guardia nacional levantándose y echándose hacia adelante—un amor que...

—No, señor, amor no, testarudez—dijo la baronesa interrumpiéndole para acabar con aquella ridiculez.

—Sí, testarudez y amor; pero también algo más... derechos.

—¡Derechos!—exclamó la señora Hulot poniéndose sublime de desprecio, de indignación y de rabia.—Si sigue usted hablando de ese modo, no acabaremos nunca, y yo no le he hecho venir aquí para hablar de lo mismo que fué causa de que lo expulsase, á pesar del parentesco de nuestras dos familias.

—Yo he creído...

—¿Todavía? Caballero, ¿no ve usted que estoy perfecta-

mente segura de permanecer virtuosa por la manera indifere y desenvuelta que tengo de hablar de amante, de amor y de todo lo más escabroso que hay para una mujer? No abrigo ningún temor, ni siquiera el de que me critiquen encerrándome aquí con usted. ¿Es esta la conducta propia de una mujer débil? Sobradamente sabe usted para qué le he mandado llamar.

—No, señora—replicó Crevel tomando una actitud fría y mordiéndose los labios.

—Está bien. Entonces seré breve para abreviar nuestro mutuo suplicio—dijo la baronesa mirando á Crevel.

Crevel hizo un saludo irónico, en el que un hombre del oficio hubiese reconocido las gracias de un antiguo viajante de comercio.

—Nuestro hijo se casó con su hija...

—Lo cual no sería si tuviera que hacerse hoy...

—Ya supongo que ese matrimonio no se haría—se apresuró á responderle la baronesa.—Sin embargo, no tiene usted por que quejarse. No sólo es mi hijo uno de los primeros abogados de París, sino que además hace un año que es diputado y su entrada en la Cámara tuvo bastante resonancia para hacer esperar que será ministro dentro de poco. Victorino ha sido nombrado dos veces para revisar importantes leyes y, si quisiera, podría ser hoy abogado general del Supremo. Si usted quiere darme á entender que tiene un yerno sin fortuna...

—Un yerno á quien me veo obligado á mantener, lo cual es peor, señora—repuso Crevel.—De los quinientos mil francos que di en dote á mi hija, doscientos han sido gastos Dios sabe en qué... en pagar las deudas de su señor hijo, en amueblar admirablemente su casa, una casa de quinientos mil francos que apenas renta quince mil, porque ocupa él la mejor parte, de la cual debe ya doscientos sesenta mil francos; de modo que la renta apenas basta para pagar los intereses de la deuda. Este año tengo que dar á mi hija veinte mil francos para que puedan comer, y mi yerno, que ganaba, según dicen, treinta mil francos en la Audiencia, va á abandonar la Audiencia por el Congreso.

—Señor Crevel, esto nos aparta aún más del asunto para que le hemos llamado. Pero, en fin, para acabar de una vez de hablar de esto, sólo le diré que seguramente que no se quejará usted si mi hijo llega algún día á ser ministro y le

nombre oficial de la Legión de honor y prefecto de París. Ah! henos ya en el fondo de la cuestión, señora. Yo soy un abacero, un tendero, un antiguo vendedor de pasta de almendras, de agua de Portugal y de Aceite cefálico, y deben considerarme muy honrado habiendo casado á mi hija única con el señor barón Hulot de Ervy. Esto es muy bonito, es regencia, es Luis XV, es aristocrático. Yo quiero á Celestina como se quiere á una hija única; la quiero tanto, que para que no tuviese hermanos acepté todos los inconvenientes de la viudez en París, estando en la fuerza de la vida, señora, pero sepalo usted bien: á pesar de este amor insensato por mi hija, yo no mermaré mi fortuna por su hijo de usted, cuyos gastos no me parecen muy claros á mí, que soy antiguo negociante.

—Caballero, en este mismo momento ve usted en el ministerio al señor Popinot, antiguo droguero de la calle de los Lombardos.

—Muy amigo mío, señora—dijo el perfumista retirado, —porque yo, Celestino Crevel, antiguo primer dependiente del padre César Birotteau, compré las existencias del dicho Birotteau, suegro de Popinot, el cual era sencillo dependiente en aquel establecimiento, siendo él el que me lo recuerda, porque haciéndole justicia, he de decir que no es orgulloso con las gentes acomodadas que poseen sesenta mil francos de renta.

—Bueno, caballero, las ideas que califica usted con la palabra regencia no imperan ya en una época en que se acepta á los hombres por su valor personal, y lo que hizo usted casando á su hija con mi hijo...

—Usted no sabe cómo se concertó ese matrimonio—exclamó Crevel.—¡Ah! ¡maldita vida de soltero! A no ser por mis calaveradas, mi Celestina sería la vizcondesa de Popinot.

—No nos recriminemos ahora por hechos que no tienen remedio y que están ya realizados—repuso enérgicamente la baronesa.—Hablemos del motivo de queja que de usted tengo á causa de su extraña conducta. Mi hija Hortensia ha podido casarse, su matrimonio dependía por completo de usted, yo le creía animado de sentimientos generosos, pensé que haría usted justicia á una mujer que no ha llevado en el corazón más imagen que la de su marido, que reconocería usted la necesidad en que estaba de no recibir á un hombre capaz de comprometerla y que por el honor mismo de la fa-

milia con quien está usted aliado se apresuraría á favorecer el enlace de Hortensia con el consejero señor Lebás. Pero nada de esto, sino que al contrario, usted ha deshecho este matrimonio.

—Señora—respondió el antiguo perfumista,—yo he obrado como hombre honrado. Vinieron á preguntarme si serían pagados los doscientos mil francos de dote atribuidos á la señorita Hortensia, y yo respondí textualmente esto: «Yo no los garantizaría. Mi yerno, al que la familia Hulot constituyó en dote una suma análoga, tenía deudas, y yo creo que si el señor Hulot de Ervy muriese mañana, su viuda no tendría que comer.» Esto es todo, señora.

—¿Y hubiera usted empleado ese lenguaje, si yo hubiese faltado por usted á mis deberes?—preguntó la señora de Hulot mirando fijamente á Crevel.

—Querida Adelina, no hubiera tenido derecho á decirlo, porque habría encontrado usted la dote en mi cartera—exclamó aquel singular amante.

Y uniendo la acción á la palabra, el grueso Crevel hincó una rodilla en tierra, y viendo á la señora Hulot sumida en un mudo horror que él tomó por indecisión, le besó la mano.

—¡Comprar la dicha de mi hija á costa de!... ¡Oh! levántese usted, caballero, ó llamo.

El antiguo perfumista se levantó con bastante dificultad. Esta circunstancia le puso tan furioso, que volvió á recobrar su actitud grave. Casi todos los hombres tienen afición á cierta postura en la cual creen que hacen resaltar todas las ventajas con que les ha dotado la naturaleza. En Crevel, esta postura consistía en cruzarse de brazos á lo Napoleón, poniendo la cara de perfil y dirigiendo su mirada como el pintor se la había hecho dirigir en su retrato, es decir, al horizonte.

—¡Ser fiel á un libertino!—exclamó con bien fingido furor.

—Caballero, á un marido digno—repuso la señora Hulot interrumpiendo á Crevel á fin de que no pronunciase palabras que ésta no quería oír.

—Mire usted, señora: usted me ha escrito diciéndome que viniese; quiere usted saber las razones de mi conducta y me va usted á obligar á decírselas con sus aires de emperatriz, con su desdén y con su... desprecio. ¿No diría cualquiera que soy un negro? Créame, se lo repito, yo tengo

derecho á... á hacerle la corte, porque... Pero no, la quiero á usted demasiado para callarme.

—Hable usted, caballero; dentro de pocos días cumplo cuarenta y siete años, y no soy tan neciamente gazmoña que no pueda escucharle.

—Vamos á ver, ¿me da usted su palabra de mujer honrada (porque desgraciadamente, para mí, es usted honrada), de no nombrarme nunca y de no decir que le comunico este secreto?

—Si es esa la condición de la revelación, yo le juro que no diré nunca á nadie, ni aun á mi marido, ninguna de las enormidades que va usted á confiarme.

—Lo creo, porque se trata de usted y de él.

La señora Hulot palideció.

—¡Ah! si quiere usted aún á Hulot, va usted á sufrir. ¿Quiere usted que me calle?

—Hable usted, caballero, pues según dice, se trata de justificar á mis ojos las extrañas declaraciones que me ha hecho y su persistencia en atormentar á una mujer de edad que quisiera casar á su hija y morir después en paz.

—Ya lo ve, es usted desgraciada.

—¿Yo, caballero?

—Sí, hermosa y noble criatura, lo que has hecho tú es sufrir demasiado—exclamó Crevel.

—Caballero, hábleme usted como es debido, ó cállese y salga inmediatamente.

—Señora, ¿sabe usted cómo nos conocimos el señor Hulot y yo? En casa de nuestras queridas, señora.

—¡Oh! ¡caballero!...

—En casa de nuestras queridas, señora—repitió Crevel con tono melodramático, abandonando su habitual actitud para hacer un gesto con la mano derecha.

—¿Y qué más, caballero?—dijo tranquilamente la baronesa con gran asombro de Crevel.

Los seductores vulgares no comprenden nunca las grandes almas.

—Yo, viudo hace cinco años—dijo Crevel hablando como hombre que va á contar una historia,—no queriendo casarme de nuevo por mi hija, á quien idolatro, y no queriendo tampoco tener enredos en mi casa, aunque tenía entonces una bonita camarera, le puse, como suele decirse, un piso á una obrera de catorce años, dotada de maravillosa belleza,

de la cual obrera, lo confieso, llegué á estar locamente enamorado, tanto, que hice venir de mi país á mi propia tía (la hermana de mi madre), y le rogué que viviese con aquella encantadora criatura y la vigilase, á fin de que me fuese fiel. La pequeña, cuya vocación por la música era visible, tuvo maestros, y á fin de ocuparla le di espléndida educación. Por otra parte, yo quería ser á la vez su bienhechor, y ¿por qué no decirlo? su amante; matar dos pájaros de un tiro, hacer una buena acción y adquirir una buena amiga. Fui feliz cinco años. La pequeña tiene una de esas voces que son la fortuna de un teatro, y yo sólo puedo calificarla diciendo que es un Duprez con faldas. La sola educación de su voz me ha costado dos mil francos anuales, y me hizo tomar tanta afición á la música, que para ella y para mi hija tuve un palco en los Italianos, al cual iba alternativamente un día con mi hija y otro día con Josefa.

—¿Cómo! ¿esa ilustre cantante?

—Sí, señora—repuso Crevel con orgullo,—esa famosa Josefa me lo debe todo. En fin, cuando la pequeña tuvo veinte años, en 1834, creyendo yo que me sería siempre fiel y deseando procurarle algunas distracciones, permitía que se visitase con una bonita actriz llamada Jenny Cadine, cuyo destino tenía alguna semejanza con el suyo. Esta cantante se lo debía también todo á un protector, y este protector era el barón de Hulot.

—Lo sé, caballero—dijo la baronesa con voz tranquila y sin la menor alteración.

—¿Cómo!—exclamó Crevel cada vez más asombrado, ¿y sabe usted también que su monstruo de marido protegió á Jenny Cadine cuando ésta contaba sólo trece años?

—También, caballero, ¿qué más?—dijo la baronesa.

—Como Jenny Cadine tenía veinte años, lo mismo que Josefa, cuando se conocieron—repuso el negociante,—el barón desempeñaba el papel de Luis XV con la señorita de Románs, y usted entonces tenía doce años menos.

—Caballero, yo he tenido mil razones para dejar en libertad al señor Hulot.

—Señora, esa mentira bastará sin duda para borrar todos los pecados que haya cometido usted y le abrirá las puertas del cielo—replicó Crevel con aire astuto que hizo enrojecer á la baronesa.—Mujer sublime y adorada, eso dígaselo usted á otros, pero no al padre Crevel, que ha corrido muchas juer-

gas con su criminal marido para no saber todo lo que usted vale. A veces, medio alegre, se dirigía reproches y me hablaba de sus perfecciones. ¡Oh! es usted un ángel. Entre una muchacha de veinte años y usted, un libertino titubearía; yo no titubeo.

—¡Caballero!

—Bueno, me detengo... pero, santa y divina mujer, sepa usted que los maridos, una vez borrachos, cuentan muchas cosas de sus esposas en casa de sus queridas, las cuales se rien como condenadas.

Las lágrimas de pudor que brotaron de los hermosos ojos de la señora Hulot, detuvieron al guardia nacional, el cual no pensó ya en ponerse grave.

—Prosigo. El barón y yo nos hicimos amigos por nuestras queridas. Como todas las gentes viciosas, el barón es muy amable y buen muchacho de veras. ¡Oh! ¡qué simpático me fué el muy pillo! ¡La verdad es que tenía unas cosas!... Pero, en fin, dejemos á un lado estos recuerdos. Nos quisimos como dos hermanos. El pillastre procuraba siempre depravarme, predicarme el sansimonismo en materia de mujeres é inculcarme ideas de gran señor, de aristócrata; pero yo quería á mi pequeña hasta el punto de casarme con ella si no hubiese temido tener hijos. Entre dos viejos papás amigos como lo éramos nosotros, ¿cómo quiere usted que no pensásemos en casar á nuestros hijos? Tres meses después del matrimonio de su hijo con mi Celestina, Hulot, ¡el infame! que no sé como pronuncio su nombre, pues nos engañó á los dos, señora, el infame me sopló mi pequeña Josefa. Ese bandido sabía que había sido substituído por un joven consejero de Estado y por un artista en el corazón de Jenny Cadine, cuyos éxitos eran cada vez mayores, y me robó mi querida, que era una bendición del cielo. Pero seguramente que la habrá visto usted en los Italianos, donde entró por mediación suya. Su marido no es tan juicioso como yo, que soy metódico como un reloj, y había gastado ya mucho con Jenny Cadine, que le costaba cerca de treinta mil francos anuales. Ahora bien, sépalo usted, señora, acaba de arruinarse por Josefa. Josefa es judía, se llama Mirah, que es el anagrama de Hiram, cifra israelita que servirá para que la reconozcan, pues es hija abandonada en Alemania, y las investigaciones que yo he hecho prueban que su padre es un rico banquero judío. El teatro, y sobre todo las ins-

trucciones que Jenny Cadine, Schontz, Málaga y Carabina le dieron acerca de la manera de tratar á los ancianos á esa joven á la cual yo mantenía en una senda honrada y poco costosa, desarrollaron en ella el instinto de los primeros hebreos por el oro y por las joyas, por el becerro de oro en una palabra. La cantante célebre quiere ser rica, muy rica; así es que no disipa nada de lo que se disipa por ella, y se ha agarrado al señor Hulot desplumándolo por completo. Este desgraciado, después de haber luchado con uno de los Keller y con el marqués de Esgrignon, locos ambos por Josefa, sin contar los ídólatras desconocidos, va á ver como se la quita ese duque tan poderosamente rico que protege las artes. ¿Cómo le llaman ustedes? un enano... ¡Ah! el duque de Herouville. Y este gran señor tiene la pretensión de poseer solo á Josefa; todo el mundo cortesanesco habla de esto y el barón no sabe nada, pues ocurre con los amantes como con el marido, que siempre es el último que lo sabe. ¿Comprende usted ahora mis derechos? Hermosa señora, su esposo me ha privado de mi dicha, del único goce que he tenido desde mi viudez. Si; si no hubiese tenido la desgracia de encontrar á ese viejo libertino, yo poseería aún á Josefa, porque, mire usted, yo no la habría dejado entrar en el teatro, y así hubiera permanecido obscura, juiciosa y mía. ¡Oh! si la hubiese visto usted hace ocho años, delgada y nerviosa, la tez morena como una andaluza, cabellos negros y relucientes como la seda, ojos provistos de grandes pestañas, distinción de duquesa en los gestos. Por culpa del señor Hulot, todos aquellos encantos, toda aquella pureza, se han convertido en un lazo para cazar monedas. La pequeña es la reina de las impuras, como suele decirse. En fin, hoy charla y miente, ella que no conocía nada de nada, ni siquiera la palabra murmurar.

En este momento, el antiguo perfumista se enjugó los ojos, de los cuales brotaron algunas lágrimas. La sinceridad de aquel dolor impresionó á la señora Hulot, la cual salió de la especie de meditación en que había caído.

—Señora, ¿se encuentra fácilmente semejante tesoro á los cincuenta y dos años? A esta edad el amor cuesta treinta mil francos anuales; su marido me lo ha dicho, y yo quiero demasiado á Celestina para arruinarla. Cuando la vi á usted en la primera velada que nos dió, no comprendí como ese bandido de Hulot podía querer á esa Jenny Cadine.

Tenia usted todo el aire de una emperatriz. Usted no tiene treinta años, señora—repuso,—parece joven, es usted hermosa. Palabra de honor, aquel día fuí herido á fondo y me decía: «Si no tuviese á mi Josefa, puesto que el papá Hulot abandona á su mujer, ésta me vendría como un guante». ¡Ah! dispéñeme, es una palabra de mi antiguo estado. El perfumista reaparece de cuando en cuando, y eso mismo es lo que me impide aspirar á la diputación. De modo que, desde que fuí engañado por el barón, pues entre viejos pillos como nosotros las queridas de nuestros amigos deberían ser sagradas, me he jurado quitarle su mujer. Es justicia. El barón no tendría nada que decir, y contamos con la impunidad. Me puso usted de patitas en la calle como á un perro sarnoso á las primeras palabras que le dije del estado de mi corazón; con esto ha redoblado usted mi amor, mi testarudez si usted quiere, y será usted mía.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero será. Mire, señora: un imbécil perfumista (retirado!) que no tiene más que una idea en la cabeza, es más fuerte que un hombre inteligente que las tiene á millares. Estoy chiflado por usted, ¡y usted es mi venganza! Es como si amase dos veces. Le hablo con el corazón en la mano, como hombre resuelto. Lo mismo que usted me dice: «No será suya», hablo fríamente con usted. En fin, según el proverbio, juego á cartas vistas. Si, será usted mía, en un tiempo dado... ¡Oh! aunque tenga usted cincuenta años, será mi querida. Y esto sucederá, pues lo espero todo de su marido...

La señora Hulot dirigió á aquel calculador burgués una mirada tan fija por el terror, que la creyó loca, y se detuvo.

—Usted lo ha querido, me ha llenado usted de desprecio, me ha desafiado, ¡y he hablado!—dijo experimentando la necesidad de justificar lo salvaje de sus últimas palabras.

—¡Oh! ¡hija mía! ¡hija mía!—exclamó la baronesa con voz moribunda.

—¡Ah! ¡ya no hago caso de nada!—repuso Crevel.—El día que me fué quitada mi Josefa, yo estaba como un tigre á quien le han robado sus pequeños... En fin, estaba como la veo á usted en este momento. ¡Su hija! es para mí el medio de conseguirla á usted. Sí; he hecho abortar el ma-

rimonio de su hija... y no la casará sin mi ayuda... Por hermosa que sea la señorita Hortensia, necesita una dote...

—¡Ay de mí! sí—dijo la baronesa enjugándose los ojos.

—Pues bien, trate de pedir diez mil francos al barón—repuso Crevel tomando su posición favorita.

Y esperó durante un momento, como un actor que *señala un tiempo*.

—Si los tuviese, los daría á la que reemplazase á Josefa—dijo forzando su *medium*.—En la senda en que está ¿se detiene nadie? En primer lugar, le gustan demasiado las mujeres. (Hay en todo un justo medio, como ha dicho nuestro rey.) Y con esto va mezclada la vanidad. ¡Es un hombre guapo! ¡Los llevará á todos á la miseria por divertirse él! Por otra parte, ya está usted camino del hospital. Mire, desde que no he puesto los pies en su casa, no ha podido usted renovar los muebles del salón. La palabra *APURO* es vomitada por todas las grietas de estas telas. ¿Cuál es el yerno que no saldrá horrorizado de las pruebas mal disimuladas de la más horrible de las miserias, la de las gentes *comme il faut*? Yo he sido droguero y conozco todo eso. No hay golpe de vista como el del comerciante de París para saber descubrir la riqueza real y la riqueza aparente... Están ustedes sin un céntimo—dijo en voz baja;—se ve en todo, hasta en el vestido de su criado. ¿Quiere usted que le revele horribles misterios que le son ocultos?...

—Señor—dijo la señora Hulot, que lloraba á lágrima viva,—¡basta! ¡basta!

—Pues bien, mi yerno da dinero á su padre, y esto es lo que quería decirle al principio respecto al gasto de su hijo. Pero velo por los intereses de mi hija... Tranquilícese.

—¡Ah! ¡casar á mi hija y morir!...—dijo la desgraciada mujer, que perdió la cabeza.

—Pues bien, aquí tiene el medio—repuso Crevel.

La señora Hulot miró á Crevel con un aire esperanzado que cambió tan rápidamente su fisonomía, que este solo movimiento hubiese debido enternecer á Crevel y hacerle abandonar su ridículo proyecto.

CAPÍTULO III

Una hermosa vida de mujer

—Usted será hermosa aun diez años—repuso Crevel;—sea bondadosa conmigo, y la señorita Hortensia se casará. Hulot me ha dado el derecho, como le decía, á decirlo todo claramente, y no se enfadará. Desde hace tres años he aumentado mis capitales, pues mis calaveradas han disminuido. Tengo trescientos mil francos, además de mi fortuna, y son suyos...

—Salga usted, caballero—dijo la señora Hulot,—salga, y no aparezca jamás en mi presencia. Sin la necesidad en que me ha colocado usted de saber el secreto de su cobarde conducta en el asunto del matrimonio proyectado para Hortensia... ¡Sí! cobarde—repuso á un gesto de Crevel.—¿Por qué hacer pesar semejantes odios sobre una pobre joven, sobre una hermosa é inocente criatura?... Sin esa necesidad que hería mi corazón de madre, no me hubiese vuelto á hablar y no hubiese vuelto á entrar en mi casa. Treinta y dos años de honradez y de fidelidad de mujer no perecerán bajo los golpes del señor Crevel.

—Antiguo perfumista, sucesor de César Birotteau, en la Reina de las Rosas, situada en la calle de San Honorato—dijo irónicamente Crevel;—antiguo teniente alcalde, capitán de la guardia nacional, caballero de la Legión de honor, enteramente lo mismo que mi predecesor.

—Caballero—repuso la baronesa,—el señor Hulot ha podido cansarse de su mujer después de veinte años de constancia, esto no le importa á nadie más que á mí; pero ya ve usted, señor, que ha ocultado bien sus infidelidades, pues yo ignoraba que le hubiese sucedido á usted en el corazón de la señorita Josefa...

—¡Oh!—exclamó Crevel—á precio de oro, señora... Esa ave de rapiña le cuesta más de cien mil francos en dos años. ¡Ah! ¡ah! no está usted enterada de todo.

—Dé usted tregua á todo esto, señor Crevel. No renunciaré por usted á la dicha que experimenta una madre pudiendo abrazar á sus hijos sin sentir remordimientos en el

corazón, siendo respetada y amada por su familia, y entregará mi alma á Dios sin mancha.

—¡Amén!—dijo Crevel con esa amargura diabólica que se dibuja en el rostro de las personas pretenciosas cuando han naufragado de nuevo en semejantes empresas.—Usted no conoce la miseria en su último período, la vergüenza, el deshonor... He procurado instruirla, quería salvar á usted y á su hija... pues bien, deletreará usted la parábola moderna del *padre pródigo*, desde la primera á la última letra. Sus lágrimas y su altivez me commueven, pues es horrible ver llorar á la mujer á quien se ama...—dijo Crevel sentándose.—Todo lo que puedo prometerle, querida Adelina, es no hacer nada contra usted ni contra su marido; pero no envíe usted nunca á nadie á mi casa á pedir informes. ¡Esto es todo!

—¿Qué hacer, pues?—exclamó la señora Hulot.

Hasta aquí, la baronesa había sostenido valerosamente las triples torturas que aquella explicación imponía á su corazón, pues sufría como madre, como mujer y como esposa. En efecto, cuanto más arrogante y agresivo se había mostrado el suegro de su hijo, más fuerza había encontrado ella en la resistencia que oponía á la brutalidad del droguero; pero la bondad que éste manifestaba en medio de su desesperación de amante rechazado, de hermoso guardia nacional humillado, aflojó sus fibras prontas á romperse; se retorció las manos, se deshizo en lágrimas, y estaba en tal estado de abatimiento estúpido, que se dejó besar las manos por Crevel, arrodillado ante ella.

—¡Dios mío! ¿qué hacer?—repuso enjugándose los ojos.

—¿Puede ver una madre á su hija perecer? ¿Cuál será la suerte de una criatura tan magnífica, tan fuerte por su vida casta al lado de su madre como por su naturaleza privilegiada? Ciertos días se pasea triste por el jardín, sin saber por qué; la encuentro con los ojos llorosos...

—Tiene veintitún años—dijo Crevel.

—¿Es preciso meterla en un convento?—preguntó la baronesa.—¡Oh! en semejantes crisis la religión es frecuentemente impotente contra la naturaleza, y las jóvenes más piadosamente educadas pierden la cabeza... Pero levántese usted, señor; ¿no ve que todo ha acabado ahora entre nosotros, que me horroriza, que ha derribado la última esperanza de una madre?...

—¿Y si la levantara?—dijo Crevel.

La señora Hulot miró á Crevel con una expresión delirante que le conmovió; pero ocultó la piedad en su corazón, á causa de esta frase: *¡Me causa usted horror!* La virtud es siempre demasiado rígida, é ignora los matices y los temperamentos con ayuda de los cuales se sale de una falsa posición.

—Aunque una muchacha sea tan hermosa como la señorita Hortensia, hoy no se casa sin dote—repuso Crevel.—Su hija posee una de esas bellezas espantosas para los maridos; es como uno de esos caballos de lujo que exigen muchos cuidados y que son demasiado costosos para tener muchos compradores. Si va uno por la calle dando el brazo á una mujer semejante, todo el mundo le sigue, le mira y desea á su esposa. Este éxito inquieta á muchas gentes que no quieren tener que matar á amantes, porque, después de todo, nunca se mata más que á uno. En la situación en que usted se halla, no puede casar á su hija más que de tres maneras: la primera mediante un auxilio, pero ésta veo que usted no la desea; la segunda encontrando un viejo de sesenta años muy rico y sin hijos y que desee tenerlos, lo cual, aunque es difícil, no deja de hallarse. Si hay tantos viejos que toman Josefás y Jenny Cadines, ¿por qué no se ha de hallar uno que haga la misma estupidez legítimamente? Si yo no tuviese á mi Celestina y á mis dos nietos, me casaría con Hortensia. El tercer medio es el más sencillo.

La señora Hulot levantó la cabeza y miró con ansiedad al antiguo perfumista.

—París es una villa donde se dan cita todas las gentes de energía que brotan del territorio francés y donde pululan muchos talentos capaces de todo, hasta de hacer fortuna. Ahora bien, esos muchachos (este servidor era uno en su tiempo y ha conocido á muchos. ¿Qué tenía Tillet? ¿Qué tenía Popinot hace veinte años? Ambos ocupaban la tienda del papá Birotteau sin más capital que el deseo de medrar, el cual deseo vale, á mi juicio, más que el mejor capital. Los capitales se consumen, mientras que la moral siempre permanece. ¿Qué tenía yo? Deseos de medrar, valor. Tillet se codea hoy con los mayores personajes. El pequeño Popinot, el droguero más rico de la calle de los Lombardos, ha llegado á diputado, y he hoy ministro.) Pues bien, uno de esos *condottieri* del comercio, de la pluma ó de la pintura es

el único ser capaz de casarse en París con una muchacha guapa sin un céntimo, pues poseen todas las clases de valor. El señor Popinot se casó con la señorita Birotteau sin esperar un céntimo de dote. Esas gentes están locas, y creen en el amor como creen en su fortuna y en sus facultades. Busque usted un hombre de energía que se enamore de su hija, y se casará con ella sin mirar al presente. No me negará usted que para ser enemigo no carezco de generosidad, pues este consejo va contra mí.

—¡Ah! señor Crevel, ¡si quisiera usted ser amigo mío y dejar sus ridículas ideas!...

—¡Ridículas! señora, no se haga usted tan poco favor, mírese usted. Yo la amo y será mía. Quiero poderle decir á Hulot algún día: «Tú me quitaste á Josefa, y yo poseo á tu mujer». Esta es la antigua ley del talión, y perseguiré mi proyecto, á menos que no se vuelva usted excesivamente fea. Tengo la seguridad de lograr lo que deseo por las siguientes razones—añadió mirando á la señora Hulot.—Usted no encontrará un viejo ni un joven que se enamoren de Hortensia, porque ama demasiado á su hija para entregarla á un viejo libertino, y por otra parte, usted, baronesa de Hulot, hermana del teniente general que mandaba los antiguos granaderos de la antigua guardia, no se resignará á aceptar al hombre de energía tal como lo encuentre, pues bien podría ser un sencillo obrero, como hay hoy millonario que era hace diez años sencillo perito mecánico, listero ó contraamaestre de fábrica. Entonces, al ver á su hija movida por sus veinte años á un acto capaz de deshonrarla, usted se dirá: «Prefiero ser yo la deshonrada, y si el señor Crevel quiere guardarme el secreto, voy á ganarme la dote de mi hija, doscientos mil francos, con diez años de apego á ese antiguo droguero, al padre Crevel». La aburro á usted y lo que le digo le parece profundamente inmoral, ¿verdad? Pero si se viese usted atacada por una pasión irresistible, se haría para obedecer á ella los mismos razonamientos que se hacen las mujeres que aman. Ahora bien, su interés por Hortensia le inspirará estas capitulaciones de la conciencia.

—A Hortensia le queda un tío.

—¿Quién? ¿el padre Fischer?... ¡Oh! éste tiene que preocuparse de él por culpa del barón, que suele limpiar siempre todos los bolsillos que están á su alcance.

—El conde Hulot...

—¡Oh! señora, su marido ha recurrido ya á las economías del teniente general y ha amueblado con ellas la casa de su cantante. Vamos á ver, ¿me dejará usted marchar sin una esperanza?

—Adiós, caballero; una pasión por una mujer de mi edad se cura fácilmente, y yo espero que usted acabará por tener ideas más cristianas. Dios protege á los desgraciados.

—La baronesa se levantó para obligar al capitán á retirarse y lo acompañó hasta el salón.

—¿Debería vivir nunca entre semejantes guñapos la hermosa señora de Hulot?—dijo Crevel al mismo tiempo que señalaba con la mano una lámpara vieja, una araña desdoblada, los cordones de las cortinas, en fin, los andrajos de la opulencia que convertían aquel gran salón blanco, rojo y oro en un cadáver de las fiestas imperiales.

—Señor, la virtud reluce sobre todo eso. Y ciertamente yo no deseo obtener un magnífico mobiliario convirtiendo esta belleza que usted me atribuye en un lazo, en un gancho para cazar monedas.

El capitán se mordió los labios al escuchar de boca de la baronesa las mismas frases que él había empleado para juzgar á Josefa.

—¿Y por quién esa perseverancia?—le preguntó.

En este momento la baronesa llegaba con el antiguo perfumista hasta la puerta.

—¡Por un libertino!—añadió, haciendo una mueca de hombre virtuoso y millonario.

—Señor, si tuviese usted razón, entonces mi constancia tendría más mérito.

Dicho esto, dejó al capitán después de haberle saludado como se saluda cuando se desea desembarazarse de un importuno, y volvió á abrir de nuevo las puertas que había cerrado, notando entonces el gesto amenazador con que Crevel se despidió de ella. La baronesa andaba en actitud altiva y noble, como una mártir en el Coliseo; sin embargo, había agotado sus fuerzas, pues se dejó caer en el diván de su gabinete como mujer próxima á desmayarse, y permaneció con los ojos fijos en el carcomido kiosco, donde su hija charlaba con su prima Bel.

Desde los primeros días de su matrimonio hasta este momento, la baronesa había amado á su marido como Josefina acabó por amar á Napoleón, con un amor admirativo, con

un amor maternal, con un amor cobarde, y si ignoraba los detalles que Crevel acababa de darle, sabía sin embargo sobradamente que el barón Hulot hacía veinte años que comecía con ella pequeñas infidelidades; mas se había puesto en los ojos una venda, había llorado en silencio y nunca se le había escapado una palabra de reproche. En cambio de esta angelical dulzura, la baronesa había obtenido la veneración de su marido y una especie de culto divino en torno suyo. El afecto que una mujer demuestra á su marido y el respeto de que le rodea, son contagiosos en la familia. Hortensia creía á su padre un verdadero modelo de amor conyugal. Respecto á Hulot hijo, educado en medio de una atmósfera de admiración por el barón, en quien todo el mundo veía uno de los gigantes que secundaron á Napoleón, sabía que se debía al nombre, á la reputación y á la consideración paterna, y por otra parte, como que las impresiones de la infancia ejercen una larga influencia en los individuos, temía aún á su padre; así es que, aunque hubiese sospechado las irregularidades reveladas por Crevel, las hubiera disculpado por medio de razonamientos sacados de la manera que tienen de ver los hombres estas cosas.

Ahora es necesario explicar la abnegación extraordinaria de aquella hermosa y noble mujer, y he aquí la historia de su vida en pocas palabras.

En una aldea situada en los últimos límites de Lorena, al pie de los Vosgos, tres hermanos llamados Fischer, sencillos labradores, partieron á formar parte de los ejércitos del Rhin á consecuencia de las quintas republicanas.

En 1799, el segundo hermano, llamado Andrés, viudo y padre de la señora Hulot, dejó á su hija entregada á los cuidados de su hermano el mayor, Pedro Fischer, que quedó inútil de una herida recibida en 1797, é hizo algunos contratos parciales de transportes militares, servicio este que debió á la protección del ordenador Hulot de Eryv. Por una casualidad bastante natural, Hulot, que fué á Strasburgo, conoció á la familia Fischer. El padre de Adelina y su joven hermano eran entonces proveedores de forrajes en Alsacia.

Adelina, que contaba entonces diez y seis años, podía ser comparada á la famosa señora Du Barry, hija como ella de Lorena. Poseía una de esas bellezas completas, sorprendentes, era una de esas mujeres semejantes á la señora

Tallien, á quienes la naturaleza adorna con sus más preciosas dotes: distinción, nobleza, gracia, finura, elegancia, carnes y tez sedosas fabricadas en un taller desconocido en que trabaja la casualidad. Estas hermosas mujeres se parecen todas entre sí. Bianca Capella, cuyo retrato es una de las obras maestras de Bronzino; la Venus de Juan Goujon, cuyo original es la famosa Diana de Poitiers; la *signora* Olimpia, cuyo retrato está en la galería Doria; finalmente, Ninon, la señora Du Barry, la señora Tallien, la señorita Georges, la señora Recamier, todas esas mujeres que se conservaron bellas á despecho de los años, de sus pasiones ó de su vida, llena de excesivos placeres, tienen en el talle, en la contextura y en el carácter de la belleza semejanzas sorprendentes, que hacen creer que existe en el océano de las generaciones una corriente afrodisiaca de donde salen todas esas Venus hijas de la misma onda salada.

Adelina Fischer, una de las más hermosas de esa tribu divina, poseía los caracteres sublimes, las líneas serpentinadas y el tejido venoso de esas mujeres que han nacido reinas. La cabellera rubia que nuestra madre Eva obtuvo de la mano de Dios, un talle de emperatriz, un aire de grandeza, contornos augustos en el perfil y una modestia sencilla detenían á su paso á todos los hombres, encantados ante ella como quedan encantados los aficionados ante un Rafael; así es que el ordenador al verla hizo á Adelina Fischer su mujer, con gran asombro de los Fischer, que eran respetuosos y estaban llenos de admiración por sus superiores.

El mayor, soldado del año 1792, herido gravemente en el ataque de las líneas de Wissembourg, adoraba al emperador y á todo el que formaba parte de su ejército. Andrés y Juan hablaban con respeto del ordenador Hulot, el protegido del emperador, á quien debían, por otra parte, su suerte, pues Hulot de Eryv, al verles inteligentes y pobres, les había sacado de la masa del ejército para ponerlos al frente de una factoría. Los hermanos Fischer habían prestado grandes servicios durante la campaña de 1804, y al firmarse la paz, Hulot les había procurado aquella factoría de forrajes en Alsacia, sin saber que él sería enviado más tarde á Strasburgo para preparar allí la campaña de 1806.

Para la joven aldeana este matrimonio fué como una asunción. La hermosa Adelina pasó sin transición del lodo de su aldea al paraíso de la corte imperial. En efecto, en aquellos

tiempos, el ordenador, que era uno de los trabajadores más probos y más activos de su cuerpo, fué nombrado barón y agregado por el emperador á la guardia nacional. Aquella hermosa aldeana tuvo valor para educarse por amor á su marido, de quien estaba locamente enamorada; bien es verdad que el ordenador en jefe era como hombre lo que Adelina era como mujer, es decir, que pertenecía á lo más selecto de los buenos mozos. Alto, bien formado, rubio, de ojos azules, penetrantes é irresistiblemente animados, y de elegante talle, se hacía notar entre los de Orsay, los Forbin, los Ouvrard, en fin, entre el batallón de los guapos del Imperio. Conquistador é imbuido en las ideas del Directorio en materia de mujeres, su carrera de galanteador quedó entonces interrumpida por bastante tiempo gracias á su fidelidad conyugal. Para Adelina, el barón fué, pues, desde el principio, una especie de Dios que no podía faltar. Se lo debía todo: la fortuna, porque tuvo coche y palacio, y disfrutó de todo el lujo de su tiempo; la dicha, porque era amada públicamente; un título, porque era baronesa; la celebridad, porque la llamaban la hermosa baronesa de Hulot. En fin, tuvo el honor de rehusar los homenajes del emperador, que le regaló un aderezo de diamantes y la distinguió siempre, pues preguntaba de cuando en cuando, como hombre capaz de vengarse del que hubiera triunfado allí donde él hubiera sido vencido: «Y la señora Hulot, ¿sigue siendo juiciosa?»

No se necesita, pues, mucha inteligencia para reconocer en un alma sencilla y hermosa como la de la hermosa señora Hulot los motivos de su amor fanático. Después de haberse aferrado á la idea de que su marido no podía tener nunca culpa para con ella, la baronesa, en su fuero interno, se convirtió en la servidora humilde, adicta y ciega de su creador. Notad, por otra parte, que estaba dotada de muy buen sentido, de ese buen sentido del pueblo, que contribuyó á que su educación fuese sólida. En sociedad hablaba poco, no decía mal de nadie, no intentaba brillar, reflexionaba acerca de todo, escuchaba y procuraba imitar á las mujeres más honradas y á las mejor nacidas.

En 1815, Hulot siguió la línea de conducta del príncipe Wissembourg, amigo íntimo suyo, y fué uno de los organizadores de aquel ejército improvisado cuya derrota terminó el ciclo napoleónico en Waterloo. En 1816, el barón se convirtió en uno de los enemigos del ministerio Feltre, y no fué

incorporado á la intendencia hasta 1823, pues los necesitaban para la guerra de España. En 1830, reapareció en la administración cuando aquella especie de quinta hecha por Luis Felipe en los antiguos tercios napoleónicos. Desde el advenimiento al trono de la rama mayor, de quien fué hábil partidario, era el director indispensable del ministerio de la Guerra; había obtenido el grado de mariscal, y el rey no podía hacer ya nada más por él, á menos de nombrarle ministro ó par de Francia.

Ocioso desde 1818 á 1823, Hulot había entrado al servicio activo de las mujeres. La señora Hulot hacía remontar las primeras infidelidades de su Héctor al gran *final* del Imperio. Durante doce años, la baronesa había representado, pues, en su hogar el papel de *prima donna assoluta*, sin substituta, gozaba de ese inveterado afecto que los maridos sienten por sus mujeres cuando éstas se resignan á ser amantes y virtuosas compañeras, sabía que ninguna rival resistiría á un solo reproche hecho á su marido, pero cerraba los ojos, se tapaba los oídos y procuraba ignorar la conducta de su marido fuera de casa. En una palabra, que trataba á su Héctor como trata una madre á su niño mimado. Tres años antes de la conversación que acababa de tener lugar, Hortensia reconoció á su padre en Variedades en un palco proscenio del primer piso, en compañía de Jenny Cadine, y había exclamado: «¡Allí está papá!» «Te engañas, hija mía, está en casa del mariscal» respondió la baronesa. Ésta había visto perfectamente á Jenny Cadine, pero en lugar de sentir una opresión del corazón al verla tan bonita, se dijo para sus adentros: «¡Qué feliz debe ser ese pillo de Héctor!» Sufría sin embargo y se entregaba secretamente á espantosas rabias: mas cuando volvía á ver á su Hector, recordaba sus doce años de dicha pura y quedaba sin fuerzas para articular una queja. Hubiera querido que el barón la tomase por confidente; pero nunca se había atrevido á darle á entender que conocía sus calaveradas, por respeto á él mismo. Estos excesos de delicadeza sólo se encuentran en las hermosas hijas del pueblo, que saben recibir golpes pacientemente, porque aun llevan en las venas los restos de la sangre de los primeros mártires. Las mujeres bien nacidas, como son iguales á sus maridos, sienten la necesidad de atormentarles y de hacerles ver sus tolerancias por medio de palabras mordaces, llevadas tal vez de un espíritu diabólico de

venganza y acaso para asegurarse una superioridad ó un derecho de revancha.

La baronesa tenía un admirador apasionado en su cuñado el teniente general Hulot, venerable jefe de los granaderos de la guardia imperial, á quien darían el grado de mariscal durante los últimos días de su vida. Este anciano, después de haber mandado desde 1830 á 1834 la división militar donde se hallaban los departamentos bretones, teatro de sus hazañas en 1799 y en 1800, había ido á fijar su residencia en París al lado de su hermano, á quien profesaba un cariño fraternal. El corazón de este veterano simpatizaba con el de su cuñada, á quien admiraba como la más noble y la más santa criatura de su sexo. No se había casado porque había querido encontrar una segunda Adelina, buscada inútilmente á través de veinte países y de veinte campañas. Para no decaer en el ánimo del viejo republicano sin reproche y sin tacha, de quien Napoleón decía: «Ese valiente Hulot es el más testarudo de los republicanos, pero no me hará nunca traición», Adelina hubiera soportado sufrimientos mil veces más crueles que los que acababa de sufrir. Pero este anciano de setenta y dos años de edad, reventado por treinta campañas y herido por vigésima séptima vez en Waterloo, era un admirador de Adelina, pero no un protector. Entre otros achaques, el pobre conde tenía el de no oír, á no ser por medio de una trompetilla.

Mientras que el barón Hulot de Ervy fué guapo, las mujeres no ejercieron la menor influencia sobre su fortuna; pero á los cincuenta años es preciso contar con las dádivas. A esta edad el amor en los hombres se convierte en vicio, y suele ir acompañado de insensatas vanidades; de suerte que por esta época Adelina notó que su marido se tornaba increíblemente exigente en el vestir, se teñía los cabellos y las patillas y se ponía cinturones y corsés. En una palabra, que quería permanecer guapo á toda costa. Este culto por su persona, que tan criticado había sido antaño por el barón, llegó en él hasta la exageración. En fin, Adelina notó que el Pactolo que corría por casa de las queridas del barón tenía su origen en su casa propia. En ocho años había sido disipada una considerable fortuna tan radicalmente, que cuando la boda del joven Hulot, dos años antes, el barón se había visto obligado á confesar á su mujer que su sueldo constituía su única fortuna.

—¿A dónde iremos á parar de este modo?—le había preguntado Adelina.

—No temas—le había respondido el consejero de Estado.—Yo os entregaré mi sueldo y entablaré negocios para lograr la dote de Hortensia y asegurar nuestro porvenir.

La fe profunda de aquella mujer en el poder, en el valor, en el carácter y en las capacidades de su marido, había calmado esta inquietud momentánea.

CAPÍTULO IV

Un carácter de solterona, original y sin embargo más común de lo que parece

Ahora debe concebirse perfectamente la naturaleza de las reflexiones de la baronesa y su llanto, después de la marcha de Crevel. La pobre mujer sabía que se hallaba hacía dos años en el fondo de un abismo, pero creía hallarse sola, no sabía cómo se había hecho el matrimonio de su hijo, ignoraba las relaciones de Héctor con la ávida Josefa y, finalmente, confiaba en que nadie en el mundo conocía sus dolores. Ahora bien, si Crevel hablaba tan ligeramente de las disipaciones del barón, Héctor iba á perder la consideración pública, y ella entreveía en las groseras palabras del antiguo perfumista irritado el odioso compadrazgo á que era debido el matrimonio del joven abogado. ¡Dos muchachas perdidas habían sido las sacerdotisas de aquel himeneo, propuesto en alguna orgía, en medio de las degradantes familiaridades de dos ancianos ebrios!

—¿De modo que olvida á Hortensia?—se dijo,—y sin embargo, la ve todos los días. ¿Le buscará tal vez un marido en casa de esas libertinas?

La madre, más fuerte que la mujer, hablaba sola en este momento, pues veía á Hortensia riéndose con su prima Bel con esa risa loca de la juventud indiferente, y sabía que esas risas nerviosas eran indicios tan terribles como las tristes meditaciones de un paseo solitario por el jardín.

Hortensia se parecía á su madre, pero tenía los cabellos dorados, rizados naturalmente y de una abundancia asombrosa. El brillo de sus carnes era semejante al del nácar y